

AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

17. EL VUELO DE PEGASO /
INVIÉRTETE
CARLOS MENDOZA VÉLEZ

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Carlos Mendoza Vélez

**EL VUELO DE PEGASO /
INVIÉRTETE**



El vuelo de Pegaso¹

Tomada la decisión Cástor radicó la carta y se dirigió al parqueadero. Pagó el tiquete, los diez de rigor, se montó en su carro y salió a la calle. En la esquina recogió a Pólux, aquel amigo de infancia con quien había vuelto a entrar en contacto, el principal instigador de sus actuales decisiones. Pólux se subió al carro, cerró la puerta tras de sí con una fuerza inusitada y dirigió un saludo que no obtuvo respuesta.

Cástor cogió la Avenida Grande, la ruta de siempre para regresar a casa. A tan solo un par de cuadras comenzó la lluvia que caía de manera habitual a esas horas de la tarde. Recorrió los primeros cientos de metros sin posibilidad alguna de pasar de la primera velocidad. ¿Había hecho lo correcto? Leía en su cabeza una y otra vez el contenido de la carta. Repasaba cada una de las palabras y repetía, de manera inconsciente sobre el volante, el mismo movimiento que sus dedos habían realizado en el teclado, letra por letra, dejando la carta escrita otra vez en el camino, como para ser leída

¹ Finalista “III Concurso Nacional Nuevas Voces Literarias Colombianas - 2016”.

por el que por ahí pasara, como un testimonio de la existencia de aquel documento...

Tekla, tekla tekla tekla.

Tekla:

TEKLA TEKLA TEKLA TEKLA

Tekla Tekla

Tekla Tekla Tekla Tekla Tekla

Tekla Tekla Tekla

Tekla

Tekla: Tekla Tekla Tekla.

Tekla tekla tekla tekla, tekla tekla tekla tekla
tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla
tekla tekla. Tekla tekla tekla tekla tekla. Tekla tekla
tekla tekla, tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla, tekla
tekla tekla, tekla tekla tekla tekla. Tekla, tekla tekla tekla
tekla tekla tekla tekla, tekla, tekla, tekla. TEkla tekla
tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla
tekla tekla tekla.

Tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla tekla
tekla tekla tekla. Tekla tekla tekla tekla tekla. Tekla tekla
tekla tekla, tekla tekla tekla. Tekla tekla tekla.

Tekla,

TEKLA TEKLA TEKLA TEKLA

Tekla Tekla Tekla

Tekla Tekla Tekla Tekla Tekla

Tekla: Tekla tekla, tekla tekla tekla.

Palabras muy fuertes, pensó. Una redacción muy plana, pensó. Pero lo hecho, hecho estaba. La comprensión de esa realidad hizo que un pequeño sudor frío comenzara a recorrerle todo el cuerpo.

El viaje de regreso fue lento, parsimonioso y, bajo la lluvia que arreciaba, Cástor se sintió como navegando en un río. Navegando no, más bien sumergido. Como un canto rodado desplazándose por el fondo de la corriente. Eso era él, un guijarro sumergido en un caudal esperando tranquilamente a ser depositado en la ribera. Un caudal en el que el chocante sonido del tlak, tlak, tlak de una roca contra otra era remplazado por una

variopinta cantidad de runrunes, pis y panks, así como de algún ocasional iuiu.

Algo dijo Pólux interrumpiendo sus pensamientos. “Cállate”, le respondió y pronto volvió a ensimismarse. Y ahí estaban, sumergidos en el caudal de ese gran río, miles y miles de guijarros de diferentes tamaños y colores, adornados con gemas brillantes que irradiaban haces de luz dorada, a veces roja.

Se movían lento, cada vez más lento, hasta detenerse por completo ante un extraño ser subacuático, algún tipo de pequeño pez cuadrado con tres ojos incandescentes, uno verde, uno amarillo y uno rojo que, a pesar de su pequeño tamaño, transmitía una autoridad tal que había detenido toda la corriente. Quedaron frente a frente. Aquel animal tenía la mirada fija en él. Su malvado ojo rojo resplandecía. Lo tenía clavado en su cara.

Algo dijo Pólux. “Cállate”, le respondió. Pero sintió que tenía razón. Tal vez lo había entendido mal. No eran guijarros, eran caballos, caballos submarinos, miles y miles que, a pesar de toda su fuerza, habían interrumpido su galopar ante la presencia de ese extraño ser, de esa especie de dios-pep, que se elevaba por encima de ellos casi rozando la superficie del agua.

Algo dijo Pólux, alzando la voz. “¡Cállate!”, le respondió. El dios-pezu lo miraba fijamente, inquisitivo, casi desafiante. Algo más dijo Pólux entre gritos, repitiéndolo una y otra vez. “¡Cállate! ¡Cállate!”, le respondió. El lecho se extendía hacia el frente muy vacío, mientras Pólux repetía a voces sus palabras. ¿Qué podía hacer? Era un canto rodado, un guijarro tendido en el fondo, debía detenerse. ¡No! Pólux tenía razón. ¡Era un semental! Un semental interrumpido en su galope y muy encabritado. Pólux gritaba. “Cállate Pólux. ¡Cállate!”, le respondió. El dios-pezu lo miraba desde arriba, burlón, humillante.

Miró a Pólux, casi aturdido. Miró a ese dios-pezu flameante. En verdad Pólux tenía razón. No era una roca. No era un insignificante guijarro. ¡Era un corcel! ¡El rey de los caballos! Un caballo alado que saltaría de ese lecho rocoso, tomaría entre sus dientes a ese dios burlón y lo llevaría volando a la superficie para destrozarlo contra el suelo a coces, con sus cascos herrados.

Aceleró a fondo. Mas en un mal cálculo en sus previsiones, en vez de desprenderse del lecho, fue a dar contra otro torrente de cantos rodados, que repentinamente había comenzado a desplazarse frente a él, con un plam, tlak, plak tan fuerte, que retumbó

durante horas por aquel gran caudal de aquel interminable río.

Inviértete²

Lunes.

Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista se bajó en la estación del bus y caminó el par de calles obligadas para llegar a su sitio de trabajo. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista caminó distraído, inmerso en sus pensamientos, hasta pasar por el frente de la pescadería. Ahí se encontró —como siempre— con un grupo de palomas que revoloteaban en medio de las sobras del día anterior. ¡Palomas! Esa bofetada de realidad que lo saca de sus reflexiones, que lo paraliza un instante, que le producen un pequeño sudor frío. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista aceleró el paso, dio un par de pataditas al aire y vio como las palomas salían volando en todas direcciones. Esa mañana, como todas las mañanas, una leve sonrisa se dibujó en su cara.

Nuestro protagonista llegó a su trabajo. Tomó su roca, subió lenta y pesadamente la colina, puso la roca

² Segundo finalista “Concurso Interno de Cuento Taller de Escritores Universidad Central” (TEUC) 2014-2.

en la cima y, en menos de lo que dura un parpadeo, la roca rodó cuesta abajo. Nuestro protagonista descendió la colina. Tomó su roca, subió lenta y pesadamente la colina, puso la roca en la cima y, en menos de lo que dura un parpadeo, la roca rodó cuesta abajo. Nuestro protagonista descendió la colina. Tomó su roca, subió la colina, puso la roca, la roca rodó cuesta abajo, descendió. Una vez más, tomó su roca, subió la colina, puso la roca, la roca rodó cuesta abajo, descendió. Y una vez más. Y otra. Y otra. Y otra. Y otras tantas más. Salió del trabajo y regresó a su casa.

Martes.

Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista se bajó en la estación del bus y caminó el par de calles obligadas para llegar a su sitio de trabajo. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista caminó distraído, inmerso en sus pensamientos, hasta pasar por el frente de la pescadería. Ahí se encontró —como siempre— con un grupo de palomas que revoloteaban en medio de las sobras del día anterior. ¡Palomas! Esa bofetada de realidad que lo saca de sus reflexiones, que lo paraliza

un instante, que le producen un pequeño sudor frío. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista aceleró el paso, dio un par de pataditas al aire y vio como las palomas salían volando en todas direcciones. Esa mañana, como todas las mañanas, una leve sonrisa se dibujó en su cara.

Nuestro protagonista llegó a su trabajo. Tomó su roca, subió lenta y pesadamente la colina, puso la roca en la cima y, en menos de lo que dura un parpadeo, la roca rodó cuesta abajo. Nuestro protagonista descendió la colina. Tomó su roca, subió lenta y pesadamente la colina, puso la roca en la cima y, en menos de lo que dura un parpadeo, la roca rodó cuesta abajo. Nuestro protagonista descendió la colina. Tomó su roca, subió la colina, puso la roca, la roca rodó cuesta abajo, descendió. Una vez más, tomó su roca, subió la colina, puso la roca, la roca rodó cuesta abajo, descendió. Y una vez más. Y otra. Y otra. Y otra. Y otras tantas más. Salió del trabajo y regresó a su casa.

Miércoles.

Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista se bajó en la estación del bus y caminó el

par de calles obligadas para llegar a su sitio de trabajo. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista caminó distraído, inmerso en sus pensamientos, hasta pasar por el frente de la pescadería. Ahí se encontró —como siempre— con un grupo de palomas que revoloteaban en medio de las sobras del día anterior. ¡Palomas! Esa bofetada de realidad que lo saca de sus reflexiones, que lo paraliza un instante, que le producen... *¿qué?... ¿Qué es aquello sobre lo que las palomas revolotean?*, pensó nuestro protagonista, desconcertado.

A decir verdad, no está claro en qué punto de su proceso evolutivo las palomas del centro de la ciudad adoptaron en su dieta el criollísimo manjar del pescado frito. Lo cierto es que, una vez evidenciada esa situación, a nuestro protagonista no le fue posible pensar ese día en otra cosa. Era uno de estos científicos empíricos, de aquellos que resuelven las grandes incógnitas del universo a través de un proceso mental interior del que no queda evidencia alguna, por cuanto el mismo suele desarrollarse en medio de una misa, en la ducha, o en la silla con ventana de cualquier bus. Ya para la tarde, siendo incapaz de realizar su labor, nuestro protagonista alegó estar indispuesto y solicitó se le

permitiera ausentarse el resto de la jornada. Salió del trabajo y puso rumbo al café internet de la esquina.

En cuestión de pocos minutos nuestro protagonista había devorado toda la información sobre palomas encontrada en enciclopedias virtuales y en blogs especializados, sin encontrar ningún dato relevante que le permitiera aclarar la extraña conducta observada. Las palomas eran herbívoras y punto. El pescado no estaba en su dieta, menos aún el pescado frito. Tras unas cuantas horas adicionales de investigación virtual improductiva, la frustración invadió a nuestro protagonista. Sin embargo, en el instante previo a cerrar la página web, el buscador accidentalmente arrojó el siguiente resultado: “Video de Palomas comiendo chicharrón”. Observó la grabación anonadado, una y otra vez, compartiendo el estado de sorpresa del camarógrafo anónimo hasta que, por fin, ¡Eureka! *Pero... Eureka ¿qué?*, pensó. Nuestro protagonista meditó el resto del día sobre aquello. Su aversión a las palomas se había desvanecido por completo y, antes bien, en cuestión de pocas horas, había adquirido un nuevo respeto por esos extraños seres.

Esa tarde regresó a pie a su casa. Entró al primer supermercado que encontró en el camino y compró algunas cosas de comer. Esperando en la fila para pagar, su proceso mental interior se activó llevándolo a una conclusión trascendental: al vivir frente a una pescadería, tras años de alimentarse de las sobras que eran arrojadas al frente, ese grupo de palomas se había adaptado a la dieta que se les ofrecía. *Que idiotas*, pensó nuestro protagonista, *había que ser muy idiota para adaptarse a una dieta basada en un animal que habita a quien sabe cuántos kilómetros de ahí. Y más idiota aún si el mismo debía comerse frito. ¿O no? ¿Habrían dado estas palomas un paso decisivo hacia un fenomenal cambio? ¿Era el primer paso para ser carnívoras y evolucionar en un futuro en la especie dominante del planeta? ¿Estaría el mundo del futuro dominado por las palomaraptors?* Entonces lo comprendió.

Y fue así en que aquella noche, inspirado por el ejemplo de las palomas, que nuestro protagonista decidió cambiar el sentido de su vida, literalmente. ¿Su guía en este proceso? El libro de autoayuda que acababa de ver exhibido en la caja del supermercado. Se titulaba *“INVIÉRTETE: Invest in your self”*, firmado por un nombre genérico en inglés y evidentemente convertido

al español con ayuda de algún traductor virtual. En ese momento nuestro protagonista no sintió la necesidad de leer aquel texto —ni siquiera se había tomado la molestia de ir a comprarlo—, solo con ver que tenía muchas medallitas en la portada —una por cada *award* obtenido—, fue suficiente para que su poderoso mensaje echara raíces en lo más profundo de su ser: INVIÉRTETE.

Jueves.

El proceso de inversión comenzó al día siguiente con pequeñas acciones. Primero, nuestro protagonista se bajó de la cama por el lado contrario al que siempre solía utilizar, cuidándose, eso sí, de poner primero el pie derecho. Luego, nuestro protagonista se dio un baño, no de cara —como siempre—, sino de espaldas a la ducha. Siguió con el cambio de manos a la hora de comer su desayuno: tenedor a la izquierda, cuchillo a la derecha, corte, cambio de manos, acercar a la boca con la derecha —y de paso aprendió algo de modales en la mesa—. Cada pequeña acción lo animaba a seguir adelante y cada vez se proponía retos más y más exigentes. Para el momento de la llegada a la estación del bus, nuestro

protagonista no pudo hallar mayor prueba por superar que la de caminar de espaldas a su sitio de trabajo. ¡La inversión máxima!

Decidió hacerlo un paso a la vez: paso uno, derecha, paso dos, izquierda, paso tres, derecha, paso cuatro, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda y así, hasta que encontró el ritmo y comenzó poco a poco a caminar a buen paso. Ahora para nuestro protagonista el mundo era un lugar diferente, todo tenía mejor aspecto cuando se miraba desde otra perspectiva. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. La adrenalina inundaba su mente. Nunca se había sentido tan lúcido, tan libre, ¡tan libre! Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Pasó frente a la pescadería y ahí se encontró —como siempre— con un grupo de palomas que revoloteaban en medio de las sobras del día anterior. ¡Palomas! Esa bofetada que lo había despertado a su nueva realidad. Palomas comedoras de pescado frito. Palomas, así como él, evolucionadas. Una sonrisa gigante se dibujó en su cara.

Nuestro protagonista llegó a su trabajo. Tomó su roca, subió —de espaldas— lenta y pesadamente la colina, puso la roca en la cima y, en menos de lo que dura un parpadeo, Nuestro protagonista perdió el equilibrio

y rodó junto con la roca cuesta abajo en una extraña coreografía de cuatro tiempos: caída, golpe, rebote, una pausa para un intento de recuperar el equilibrio y... caída, golpe, rebote, pausa y otra vez... caída, golpe, rebote, pausa, una y otra vez, hasta terminar en la base de la colina.

Viernes.

Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista se bajó en la estación del bus y caminó el par de calles obligadas para llegar a su sitio de trabajo, lentamente —le dolía todo su cuerpo—. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista caminó distraído, inmerso en sus pensamientos, hasta pasar por el frente de la pescadería. Ahí se encontró —como siempre— con un grupo de palomas que revoloteaban en medio de las sobras del día anterior. ¡Palomas! Esa bofetada que lo había despertado a su nueva realidad. Palomas comedoras de pescado frito. Palomas evolucionadas. Esa mañana, como todas las mañanas, nuestro protagonista aceleró el paso, dio un par de pataditas al aire y vio como las palomas salían volando

en todas direcciones. Esa mañana, como todas las mañanas, una leve sonrisa se dibujó en su cara.

CARLOS MENDOZA VÉLEZ



Escritor y Director del proyecto Hoja en Blanco. Autor de los libros de poesía "Arena" (Escarabajo, 2022), "Medianía" (Hoja en blanco, 2022) y "Urbanita" (Escarabajo, 2020). Fue ganador de la Beca para proyectos editoriales independientes, emergentes y comunitarios de Idartes en 2022, preseleccionado en el Premio Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá en 2019, tercer lugar del concurso La cabra negra y sus mil relatos del Círculo Lovecraftiano & Horror en 2018 y

finalista del Concurso Nacional Nuevas Voces Literarias Colombianas del Pen Internacional en 2016. Sus cuentos se han publicado en antologías, periódicos, revistas y blogs literarios, nacionales e internacionales.

<https://linktr.ee/carlosmendozavelez>



Título: El vuelo de Pegaso / Inviértete.
Autor: Carlos Mendoza Vélez.

Edición digital Hoja en blanco. Septiembre, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

